

*Qué es la inhabitación de Dios  
en el alma justa.*

Nuestro Señor Jesucristo, hablando de Dios y del alma, dijo: *Cualquiera que me ame, observará mi doctrina, y mi Padre le amará, y vendremos a El y haremos mansión en El*<sup>15</sup>. Estas palabras son el fundamento y la enseñanza de la doctrina de *la inhabitación de Dios en el alma justa*.

Nunca la Filosofía antigua ni la razón no iluminada con la revelación pudieron sospechar misterios y delicadezas tan altos ni llenos de tanta belleza y verdad. Fué el mismo Jesucristo quien claramente y sin duda alguna, nos enseñó esta levantada y consoladora verdad.

En todas las almas que están en gracia, están por amor actual y habitualmente las tres Divinas Personas, y están mientras el alma no pierde la gracia. Pero no de todas estas almas puede decirse con la misma propiedad que Dios habita en ellas.

A este morar por amor en el alma las tres Divinas

<sup>15</sup> Joan, 14, 23.

Personas, se llama en general *la inhabitación de Dios en el alma*. Pero no es este el sentido especial que en los tratados de virtudes y de perfección suele tener. Tratan los autores, refiriéndose a las almas buenas y que están en gracia, de animarlas a adelantar en el camino de la perfección, para que, adentrándose en la vida interior y creciendo en gracia, lleguen a ser habitación de Dios. No es la gracia primera que se recibe la que levanta el alma hasta hacerla morada de Dios. A otra gracia más íntima se refieren y a otro amor más intenso que al amor de los incipientes. ¿Qué grado será éste y qué es propiamente la inhabitación?

Creo expresar exactamente el concepto diciendo que se establece *la inhabitación de Dios cuando de tal manera vive y mora Dios por amor en el alma, que dispone de ella a su voluntad con ofrecimiento y consentimiento continuado del alma*. Habitar en una casa es disponer de ella; la habitación perfecta supone la propiedad y el poder usar de cuanto en la casa haya, según el propio querer. No quiere el Señor ser solamente huésped de un día ni entrar como criado; no puede, como tal, establecer su morada permanente. Es el dueño y tiene que estar como dueño y tenerlo todo a su disposición, por lo mismo que está por amor.

El alma tiene que ser ya de Dios voluntariamente en todos sus actos.

El alma es de Dios en todo, no porque a El se haya ofrecido con acto de amor pasajero, en el cual desea no tener ya otra voluntad que la de Dios; como no se alcanza la santidad por un solo acto y ofrecimiento por encendido que sea. Es una de las más terribles y lamentables flaquezas humanas la inconstancia. Sabemos por la Historia, de almas que estaban prontas al martirio por Dios y a El se ofrecían, y duraron poco en el ofrecimiento, y sabemos por la propia experiencia que duran muy breves momentos, de ordinario, nuestros grandes y, al parecer, generosos ofrecimientos. La virtud es un hábito que no llega a ser perfecto sino con el continuado ejercicio y constante repetición.

Consigue el alma ser en todo y permanentemente de Dios por el continuado esfuerzo en el ejercicio de las virtudes, por la repetición de las buenas obras, por el vencimiento de las muchas pequeñeces y rebeldías de la Naturaleza. Este ejercicio de bien obrar ha acrecentado de tal manera la gracia en el alma, y ha fortalecido la voluntad para obrar y vencer en tal forma, que obra ya en todo lo que conceptúa es la voluntad de Dios. Dios puede ya disponer del alma en

cualquier momento para regalos o para cruces, para alabanzas o para vituperios, porque el alma está pronta al divino querer y solo vive para Dios.

Y Dios vive para el alma, pues no se deja Dios vencer en generosidad-dice Santa Teresa-, y establece en ella su morada y pone allí su vida, morada y vida que son de amor.

Desde el momento en que la primera gracia pone la vida sobrenatural en un alma, no sólo tiene esta alma derecho al Cielo por la amorosa promesa del Señor; está también iluminada con la luz de Dios, participa de la vida de Dios y es hija de Dios. Pero aun cuando sean grandes los deseos de santidad y de perfección, aunque tenga ya virtudes y ofrecimientos actuales hechos muy de corazón, aún están en flor las virtudes y no fructifican muchos ofrecimientos; aún no corresponde con fidelidad en todas sus obras a Dios ni, por lo mismo, totalmente le pertenece. Dios no la encuentra siempre a su disposición.

Lo dicen las muchas lágrimas que esta alma con dolor vierte al ver sus defectos, al lamentar las derrotas en sus propósitos y las infidelidades para con su Dios amado y deseado. Están vivos, y aún triunfan, sus apetitos, y domina la pereza haciéndola caer en pequeñas faltas y pecados muy contrarios a la

voluntad de Dios. Todo esto empaña el esplendor de la gracia y pone mancha y fealdad en su inmaculada pureza.

Dios llama a esa alma a mayor gracia y mayor amor; pero el alma, deseándolo con vehemencia, aún no está ofrecida ni entregada por completo a Dios, por la flaqueza natural e inconstancia de la voluntad. Dios pone en el alma tiernas y calladas llamadas de amor. Prepara y purifica, por modos maravillosos e insospechados, el alma; la pone ansias, muchas veces casi incontenibles, de deseos de Dios, y la dispone para fijar en ella su morada y establecer la deseada y prometida *inhabitación*; pero el alma aún no es posesión incondicional y absoluta de Dios ni se ha vaciado del todo para que Dios pueda llenarla; se ve que no está perfectamente entregada ni vacía la voluntad en que aún no sigue en todo el querer de Dios.

Dios no puede establecer en ella su morada, porque Dios no habita en lo manchado y esta alma no ha recibido aún la transparencia y brillantez necesarias en la morada de Dios.

Es Dios luz de hermosura incontaminada que deshace toda mancha y pone en orden todo lo no ordenado, y esta alma aún no se ha dejado iluminar y

ordenar por Dios, rindiendo completa y continuamente su voluntad a la de Dios. Necesita una mayor preparación y abnegación para que Dios la tome por morada.

¿Puede darse la inhabitación de Dios en esta vida? ¿Cuándo se da esta dulcísima, deseada y divina realidad?

## 10

*El alma aspira a vivir el amor perfecto  
y con él se hace morada de Dios.*

Queda dicho cómo Dios está en toda alma por esencia, presencia y potencia. Si el alma está en gracia, esta divina cualidad de tal manera la levanta y embellece, que queda iluminada con resplandores celestiales, y al poner amor en ella, pone igualmente consoladora esperanza de Cielo y comunica nuevo amor de amistad con Dios. Ve el alma que Dios es su Amigo y su Padre. Es su amor, su dulce y soñado amor, para quien ha sido creada y de quien gozará eternamente.

Pero la aspiración del alma, aunque sea sin darse

cuenta, es llegar, aún en esta vida, al amor perfecto. Nada sacia ni saciará las ansias del corazón humano hasta que llegue a la posesión del amor perfecto. Esta aspiración es tanto más intensa cuanto es más crecido el amor de Dios.

El amor perfecto, con los efectos no soñados que en el alma produce, ha sido delicada y regaladamente cantado por los Santos, con tanto mayor gozo y dulzura cuanto más vehementes habían sido las ansias y esfuerzos por vivirlo.

El alma puede llegar a vivir en esta vida el amor perfecto con perfección relativa. El amor perfecto, pero no el gozo perfecto del amor.

Si "al fin para este fin de amor fuimos creados"<sup>16</sup>, Dios no dejará de hacer llegar a este fin de amor a quien determinadamente quiera llegar, porque Dios nunca deja a la criatura sin llegar a su propio fin, si la causa libre, como es el hombre, no pone voluntariamente impedimento.

Ni pone el Señor ansias y deseos vehementes de este divino amor, que son ansias y deseos de El, que no lleguen a conseguirse si el alma no desiste y corresponde con virtudes; antes sacia en esta misma vida

---

<sup>16</sup> San Juan de la Cruz: *Cántico*, Can. 29, núm. 3.

bien cumplidamente los deseos, llenándolos de divina realidad.

Dios quiere que lleguemos en este mundo al amor perfecto para que nos ha creado, aunque no en gozo y bienaventuranza, sino en confiada esperanza de llegar también al gozo inefable. Con abundosa y generosa mano lo ha otorgado a los Santos, sus especiales amados, porque lo procuraron y le amaron.

El amor perfecto enseña al alma a obrar con perfección y entregarse total y confiadamente en Dios. Es entonces cuando el alma, con gran dicha para ella, en cierto modo no se pertenece, porque aprendió a entregarse, y formal y continuamente se dió, como tanto había deseado, a su Dios y para su Dios ya solamente vive. Ya es voluntariamente y en todas sus obras de Dios.

Es desde este momento dicho cuando Dios puede disponer libremente de todos los actos del alma y establece en ella su morada. Aquí empieza *la especial inhabitación de Dios en el alma*, y el alma, con inefable ganancia y gozo, es ya de Dios, vive para Dios y vive en Dios, porque Dios vive y manda ya como dueño en el alma.

El alma ha llegado o sido levantada a la *unión de amor con Dios*.

*Grandeza y delicadeza de la unión  
de amor*

El solo nombre de *unión de amor* con Dios pone como espanto en muchos. Una falsa humildad considera como acto de soberbia el sólo aspirar o desear llegar a ella. San Juan de la Cruz pone sus más delicados acentos y tierna persuasión para animar a las almas a desearla y procurarla. Sus escritos tienen este principal fin. "A esto -dice- se endereza y encamina nuestra pluma, que es a la junta y unión del alma con la Sustancia divina" <sup>17</sup>. Y en otra parte: "Pues yo no hablo aquí... sino sólo para industriar y encaminar al alma... a la divina unión" <sup>18</sup>. Enseña a que pongan las almas los medios que de su parte han de poner para conseguirla y se esfuerzen por llegar a esta codiciada unión de amor con Dios; porque Dios así de todos lo quiere; porque "para este fin de amor fuimos creados"; porque el alma, al llegar aquí, recibe nuevas fuerzas extrañas, que la ayudan a volar por los

---

<sup>17</sup> San Juan de la Cruz: *Subida*, libro II, cap. 24, núm. 4.

<sup>18</sup> San Juan de la Cruz: *Subida*, libro II, cap. 26, núm. 1

caminos del espíritu, *haciéndola pasar mil vuelos de un vuelo*; porque "las operaciones del alma unida son del Espíritu Divino, y son divinas. Y así todos los primeros movimientos de las potencias de las tales almas son divinos" <sup>19</sup>; porque cada alma que ha llegado a la unión de amor con Dios, da más gloria a Dios ella sola que muchas almas juntas en amor ordinario, por celosas y activas que parezcan a los ojos de los hombres <sup>20</sup>.

Por esto mismo pone el demonio tanto esfuerzo en evitar lleguen las almas a este estado <sup>21</sup>, y aun se vale de la ignorancia y desconocimiento de lo que esta unión es para que, o la tengan miedo y no se esfuerzen, o tengan de ella idea equivocada y la busquen en apetito de suavidades y goces espirituales, que es camino, a todas luces, errado, cuando el que a ella conduce "ha de ser humildad y padecer por amor a Dios" <sup>22</sup>.

La unión de amor con Dios consiste en *tener de tal*

---

<sup>19</sup> San Juan de la Cruz: *Subida*, libro II, cap. 2, núm. 9.

<sup>20</sup> Santa Teresa de Jesús: *Vida*, capítulo 11, núm. 4.

<sup>21</sup> San Juan de la Cruz: *Llama*, número 112. Edición de Segovia.

<sup>22</sup> San Juan de la Cruz: *Subida*, libro II, cap. 26, núm. 10.

*manera unida ya y entregada la voluntad propia a la voluntad de Dios, que en todo y siempre está pronta y deseosa de hacer esta voluntad divina* <sup>23</sup>.

Es el triunfo y victoria de la virtud consolidados en el alma.

Cuantos se figuraran o creyeran que *la unión de amor con Dios* es como el tiempo y estado en que el alma se deshace en temuras, lágrimas o afectos, y en que Dios no deja de comunicarse con el alma por revelaciones, éxtasis u otras hablas divinas, no han llegado a comprender ni lo que es la santidad, ni lo que es el amor de Dios, ni este grado especial de la unión.

Ni los éxtasis, ni las revelaciones, ni las profecías son señal cierta de la santidad; porque no puede el hombre saber con certeza cuándo estos fenómenos son verdaderas gracias y carismas de Dios hasta su clara realización.

Por dar importancia a esto muchas almas, que empezaban a adentrarse en los caminos de Dios, han

---

<sup>23</sup> Santa Teresa de Jesús: *Fundaciones*, cap. V, núm. 13. M. I, cap. 2, núm. 17. M. II, núm. 8. M. V, cap. 3, núm. 7-9. San Juan de la Cruz: *Subida*, lib. I, cap. 11, núm. 2 y 3; lib. II, cap. 5, todo, especialmente núm. 3.

terminado en camino errado, lejos de Dios, en brazos de la propia presunción y soberbia. En dar importancia a estos fenómenos del espíritu, encuentra el demonio la entrada para engañar al alma y sacarla fuera del camino de la perfección y muchas veces hasta de la virtud más fundamental.

No digo con esto no tengan importancia o sean de menospreciar; sino que no son ellos la santidad ni aun ha de apreciarse la santidad por ellos, y hasta deben desecharse sus deseos como una mala tentación. Porque cuando son de Dios, como obra especialísima suya y de amor de predilección, son muy de apreciar y producen efectos subidísimos, dejando al alma muy confundida y anonadada en humildad, y llena de las demás virtudes. Para adquirir la santidad y el amor, sepa el alma que "todas las visiones, revelaciones y sentimientos del Cielo, no valen tanto como el menor acto de humildad", dice San Juan de la Cruz<sup>24</sup>.

---

<sup>24</sup> San Juan de la Cruz: *Subida*, libro III, cap. 9. Núm.4.

*Unión de amor en purificación  
y efectos del amor.*

La santidad son las virtudes y el amor de Dios; son las virtudes muy formalmente puestas en el alma, cimentadas en verdadera humildad y vivificadas por una desprendida y abnegada caridad de Dios y del prójimo.

El amor de Dios y la santidad, con humildad, buscan silencio y soledad de corazón y de criaturas; vivir en escondido e ignoradas, sólo presentes a Dios.

"Esta unión-dice Santa Teresa- es la que yo deseo y querría en todas" <sup>25</sup>. Podemos y debemos tenerla todas las almas. Dios quiere que todas la tengamos.

Dios suele infundir aquí un sentimiento íntimo de su presencia en el alma. Pero ni este sentimiento es siempre tierno; es muchas veces de ansias de Dios, de sequedad, de compunción, de terrible anonadamiento, viendo claramente que no hace nada de valor por Dios, y que la falta, con justa razón, este amor de

<sup>25</sup> Santa Teresa de Jesús: *Fundaciones*, cap. 5, núm. 13.

Dios. Con estas ansias y sequedad, acrecienta Dios más las virtudes y el amor en el alma.

Aun en los más altos grados de perfección, como pone Dios en el alma los delicados toques sustanciales-así denominados por San Juan de la Cruz-, que inundan de gozo al alma, también pone los toques sustanciales de purificación <sup>26</sup>, que son de amor en dolor, y purifican al alma en terrible desolación y humillación, en ansias de Dios, sintiéndose al mismo tiempo como desechada de Dios; ansias inmensas, tan metidas en el alma, que sólo son comparables a lo que hacen sufrir, pero con unas ganancias que exceden toda explicación. San Juan de la Cruz tiene una frase maravillosa y llena de esperanza para cuando el alma se ve en este oscuro sepulcro: "En este sepulcro de

---

<sup>26</sup> San Juan de la Cruz: *Noche oscura*, lib. II, cap. 23, núm. 11, y cap. 6, número 2.

<sup>27</sup> San Juan de la Cruz: *Noche oscura*, lib. II, cap. 6, núm. 1. Puede leerse en todo este capítulo lo mucho que el alma en tiempo de la purificación siente en lo íntimo de sí misma viéndose como desechada de Dios con razón y para siempre. Aquí dice esta terrible y delicadísima verdad: "Donde el alma siente muy a lo vivo sombras de muerte y gemidos de muerte y dolores de infierno, que consiste en sentirse sin Dios" (íd. núm. 2).

oscura muerte le conviene estar para la espiritual resurrección que espera"<sup>27</sup>.

Ciertamente, en este estado, y a continuación de este estado, no son infrecuentes los fenómenos místicos en las pocas almas a quienes el Señor los hace; pero ni son necesarios ni las más los tienen.

Lo que sí son necesarias son las virtudes, el amor verdadero y la presencia de Dios en el alma, si no como sentida, sí como vivida, o en recuerdo, o en ansias, o en levantamiento suave o encendido del corazón, o en bálsamo de suavidad espiritual que inunda el alma con sus potencias y aviva el amor.

Esta presencia vivida y de fe de Dios en el alma, a la vez que da el recto obrar, suele también comunicar el prudente vivir; y en este estado de unión da el valor imponderable a cada uno de los actos; porque Dios, que ha puesto ya su morada en el alma y ha tenido la benignísima misericordia de unirse al alma o unir el alma a Sí, comunica su amor infinito a los actos del alma y los da un valor imponderable, "y merece más en uno, y vale más que cuanto había hecho toda la vida"<sup>28</sup>.

---

<sup>28</sup> San Juan de la Cruz: *Llama*, núm. 16, edición de Segovia.

porque "unida con el divino amor, ya no ama bajamente con su fuerza natural, sino con fuerza y pureza del Espíritu Santo" <sup>29</sup>.

## 13

### *El alma y la virtud de la presencia de Dios.*

El ejercicio de la presencia de Dios es el principio y la conclusión, el fundamento y el coronamiento de la vida espiritual. A esta virtud han de atender todas las almas que quieran progresar en el camino de Dios.

*Doble es el concepto y la realidad de esta virtud de la presencia de Dios.* Uno, mirándola desde el esfuerzo y trabajo humano; otro, desde la misericordia y largueza de Dios.

Por esta virtud, el alma tiene en su memoria y en su deseo casi ininterrumpidamente a Dios. Y Dios comunica el don de piedad que trae esta presencia, por la que tanto el alma se había esforzado.

---

<sup>29</sup> San Juan de la Cruz: *Noche oscura*, lib. II, cap. 4,13.

Esta presencia de Dios debe, imprescindiblemente, procurarla toda alma que empieza determinadamente el camino de la vida espiritual y de perfección. Dios presente al alma, Dios llenando al alma, es la cima de este mismo camino. El alma empieza deseando llenarse de Dios o que Dios la llene de Sí mismo y termina Dios llenándola de su misericordia y comunicándose de lleno al alma.

Como tanto de parte de Dios como de parte del alma, es el mismo fin: Dios creando el alma para el amor suyo, para llenarla de Sí y de su amor, y que este amor sea la vida y la altísima dicha y gloria del alma, y el alma procurando conseguir el amor perfecto de Dios que está en la unión, en vivir a Dios y en Dios, y toda para Dios, busca el alma la oración, busca el silencio y la soledad, donde puede con mayor facilidad y perfección obtenerlo; porque en el silencio y soledad del corazón y de las criaturas Dios se comunica y hace presente; porque en la soledad llena Dios al alma y la infunde su vida de amor y el alma está más atenta a Dios en continua, silenciosa e íntima oración.

La virtud de la presencia de Dios es esfuerzo constante y sereno del alma afianzada en la humildad. Nunca se repite lo suficiente ser esta presencia de

Dios la virtud en que tienen que trabajar todas las almas. Según es el progreso de esta virtud, suele ser el de las demás virtudes, el aumento de la gracia y el adelanto en la vida de oración e interior. La vida espiritual es vivir a Dios y para Dios.

Para poder conseguir perfecta esta presencia de Dios, en cuanto depende del alma, ha de irse vaciando-usando la palabra de San Juan de la Cruz-de lo que no es Dios ni lleva a Dios, para que las potencias queden libres para recibir a Dios, la memoria despegada de las inquietudes de las criaturas y el entendimiento y el corazón aptos y limpios para que, iluminados por la luz divina, manden sus reflejos suaves a la desbaratada imaginación, aquietándola; con ellos tenga el alma la sana y recta intención en todas las acciones, y Dios hará la misericordia de poner en el alma el hábito de su continua presencia.

Siempre es la amorosa y benigna mano de Dios la que pone el último toque de amor y la última delicadeza de perfección en el alma.

No es el objeto el que se labra a sí mismo; es el artista quien hace las maravillas del arte en el objeto, que no opone resistencia. No es el alma quien a sí misma se puede labrar; es Dios el soberano artista del alma quien maravillosamente labra el alma que se

pone en sus manos y no ofrece resistencia, poniendo en ella extraños primores. Obra delicadísima del divino amor es la santidad en el alma.

Ni el alma supiera vaciarse, si Dios no la vaciara <sup>30</sup>, ni supiera llenarse de Dios, si el mismo Dios no la llenara.

A esta virtud de la *presencia de Dios*, como acabo de explicarla, llamo *presencia de Dios subjetiva*, porque el alma ha trabajado para obtenerla, porque ha mirado y buscado a Dios, aunque Dios ha terminado la obra del alma y se hace presente al alma y llega a llenar el alma.

## 14

### *Dios y su presencia en el alma.*

Al otro concepto de la presencia de Dios llamo la *presencia de Dios objetiva*. Dios se hace presente al alma y la llena. Lo que nunca el alma pudiera claramente ver o comprender, lo que no llegara a

---

<sup>30</sup> San Juan de la Cruz: *Subida*, libro I, cap. 1, núm.5.

conseguir, en un momento lo ve, comprende y consigue, cuando Dios se hace presente.

Dios se hace presente al alma y hace sentir su presencia en una forma o en otra, en ternura, o en ansia, o en sequedad; por una gracia especial se hace presente en la *unión de amor*, en fe viva, o por carismas especiales. Primero comunica al alma su presencia de una manera pasajera; luego más viva y habitual, sintiéndole el alma constantemente con suave llamada y ofrecimiento de amor.

Esta suave presencia enseña a obrar con el corazón puesto en el Señor y da una delicada rectitud de intención y un mirar amoroso a Dios, que alegra y santifica. La presencia que tanto deseaba y procuraba el alma se ha conseguido por la largueza y misericordia de Dios, que ha tenido a bien hacerse presente y llenarla.

Dios está presente al alma con esta presencia de inmenso y codiciado amor, y el alma tiene ya la gracia y el *amor de la unión realizada* por la misericordia de Dios cuando el alma "tiene su voluntad en todo unida con la de Dios" <sup>31</sup>. Esta es la señal cierta y segura. Triunfante del mundo, dominadora de sus propios

---

<sup>31</sup> Santa Teresa de Jesús: *Fundaciones*, cap. 5, núm. 13.

apetitos, victoriosa de su amor propio y de su mal entendida honra, dió ya de hecho y efectivamente su voluntad a Dios, y en todo sigue pronta y determinadamente el querer divino.

No es esta presencia de Dios pequeña gracia del amor eterno, sino la mayor de cuantas en esta vida pueden recibirse. Con el progresar en la santidad y perfeccionarse en la unión de amor, podrá recibirse y se recibe esta presencia de Dios con más intensidad, más íntimamente y con más levantados afectos; pero siempre es la misma soberana gracia de: *Dios presente por amor en el alma*.

En el Cielo, la bienaventuranza y felicidad no es más que la presencia de Dios en luz altísima de entender y de amar, saturando al alma en todas sus potencias con un goce que no puede ni remotamente concebirse, porque no tiene de suyo capacidad ni potencia natural para ello; sólo tiene lo que llama la Filosofía potencia obediencial, por la cual Dios la levanta y exalta a un grado no concebible, por la *luz de la gloria*, luz divina que irradia también en los sentidos, transformándolos y llenándolos del eterno gozo.

La unión de amor con Dios en el cielo, en goce soberano y delicia impenetrable comunicados por la

Trinidad beatísima, es como la continuación y premio de la unión de amor buscada y alcanzada por el alma, y realizada por Dios viviendo aun aquí en la tierra. La esperanza esforzada en este destierro es posesión dichosa y colmada allá en la Patria. La gracia divina en la tierra es transformada en luz de gloria en el Cielo.

## 15

### *El alma, templo vivo de Dios.*

Pero más honda y llena de luz es la verdad que nos enseña cómo habita en nosotros el Espíritu Santo, que se nos ha dado y ha llenado nuestros corazones de la divina caridad.

Con sólo reflexionar a la luz de las enseñanzas de la Filosofía y de la Teología se ve con indecible consuelo del espíritu que esta presencia real y amorosa de Dios en el alma es la más admirable y maravillosa obra de Dios con las criaturas, después de la unión personal de la Encarnación y de la sacramental de la Eucaristía.

Estimulando San Pablo a sus discípulos y persuadiéndoles a vivir más íntimamente la vida cristiana y adquirir la perfección con virtudes sólidas y mayor pureza y santidad de vida, recordando esta presencia de Dios, sacaba como lógica conclusión esta magnífica y sublime verdad: de que el alma es levantada a la nobleza de ser templo vivo de Dios. *¿No sabéis -les decía- que sois templo vivo de Dios y el Espíritu Santo habita en vosotros?*<sup>32</sup>. Y en otra parte le salen las palabras alborozadas del gozo incontenible que experimentaba pensando en esta verdad: *El Espíritu Santo, que se nos ha dado, ha llenado nuestros corazones de la Divina caridad*<sup>33</sup>.

Enseñanza llena de la más alta Teología y del más alentador consuelo.

El templo es para dar culto y gloria a Dios, y todo en el templo debe ser limpio y cantar esta gloria de Dios,<sup>34</sup> porque Dios llena su templo.

Bien grabada en su alma y bien presente en su memoria tenían los primeros cristianos esta verdad y esta enseñanza. Meditándola y viviéndola no se

---

<sup>32</sup> San Pablo, I, ad. Cor. 3, 16, y 2 ad. Cor. 6, 16.

<sup>33</sup> San Pablo, ad. Rom. 5, 5.

<sup>34</sup> Salmo 28, 9.

contentaba con decir San Ignacio mártir que era trigo para ser molido por las muelas de los leones por Cristo y convertirse en pan de Cristo, sino que saboreaba el gusto de poder añadir: *Soy Cristífero: Llevador de Cristo*. Por la Fe y la Caridad se veía unido a Cristo, y siempre le llevaba en su alma; *era templo vivo y puro de Dios*. Sabía, y aun sentía que Dios estaba en él y se complacía de vivir en Dios.

En aumentar la hermosura de su alma, adornada y esclarecida con la gracia, viviendo esta vida sobrenatural y en ofrecerse a Dios en inmolación pura con vida santa, ponían aquellos cristianos y las almas fervorosas de todos los tiempos toda su atención y cuidado, y el resplandor de la luz del amor siempre en ellos se aumentaba.

El templo de Dios veía San Leónidas en el pecho de su hijito niño cuando le besaba, diciendo que allí moraba el Espíritu Santo por su gracia; y templo santo, limpio y hermoseado, quisieron ser las vírgenes escogiendo antes el martirio que soltar de sus manos la palma de la candidez, tan agradable a los ojos de Dios, y que tanto embellece su santo Templo.

Dios está en el entendimiento y en la voluntad del alma santa, poniendo allí preferentemente su trono de santidad y llenándolo con su presencia y con sus

dones; no ya con la niebla de que llenó el templo de Salomón el día de la consagración, sino con la claridad y resplandor de las virtudes y de su divino amor.

Allí asienta Dios su trono de luz, de poder y de amor.

Y en este templo vivo de Dios, del cuerpo y del alma justa, todo canta alabanza y gloria a Dios; porque el alma, con santos encendidos deseos, y el cuerpo, obediente a los deseos de la voluntad, ejercitan las virtudes en ofrecimiento a Dios, y cuerpo y alma viven para Dios en holocausto de amor, y Dios mismo es la hermosura y el ornato de este su templo vivo. Dios es la lámpara iluminadora y el manantial abundoso y perenne de alegría de su templo; y este templo de Dios siempre está iluminado con la lámpara de luz y claridad de Dios.

Lámpara dichosa que el alma no se cansa de admirar e inefablemente goza dejándose abrasar e iluminar en la llama de su ansiado amor.

## 16

*Dios creó al hombre para comunicarle su amor.*

Dios no ha hecho la creación ni condicionándose a ella, ni por necesidad ni para mendigar favores. Como es de la esencia del amor, o una condición necesaria, darse, *Dios, que es el amor, se da*. Ha creado voluntariamente cuando le ha complacido. Creó el mundo sensible y el mundo espiritual para poner en ellos las perfecciones y bellezas con que a cada uno ha querido adornar.

La creación, como obra de Omnipotencia de Dios, es sembrar maravillas, y, como obra del Amor, es darse a Sí mismo a las criaturas; a las sensibles y materiales, poniendo bellezas externas; al hombre, como al ángel, dándose de modo inmensamente más levantado y perfecto; primero, en amor de esperanza al hombre en la tierra, y luego, en amor de infinito gozo en el Cielo eterno, cuando llegue a la posesión del fin, como los ángeles gloriosos.

La creatura no puede dejar de amar, y busca amar -aunque sea inconscientemente y aun equivocadamente- la mano que le dió el ser que tiene, y de quien

espera la perfección que le falta. Y Dios, amor, comunica con el amor las perfecciones que le place a cuanto ama; el sol es luz y no recibe luz, sino que siempre despidе de sí rayos de luz y calor. Dios creó al hombre para comunicarle su amor y las perfecciones que le comunica.

Exige del hombre, durante el tiempo de prueba en la tierra, la unión voluntaria a su principio creador; exige que le ame, que le preste obediencia con amor, como a Padre. ¿Qué menos había de exigirle? Si toda criatura alaba a Dios y es para Dios, el hombre consciente debe ser voluntaria y amorosamente para Dios, vivir para Dios, porque para Dios fue creado y a Dios debe ofrecerse.

Pero la gran verdad que más llena de amor y debe absorber la atención y arrebatar el corazón, es que *Dios ha creado al hombre, como creó al ángel, para dársele*, para llenarle de Sí, para comunicarle su gozo y alegría, su sabiduría y su amor, y hacerle participante, hasta saciarle, de su felicidad eterna. Cuando se dice que le ha creado para servirle en esta vida, se pretende hacer resaltar el deber que el hombre tiene para con Dios de hacer en todo su voluntad, porque es condición necesaria para llegar a poseerle en gloria y conseguirle en amor. Y si se dice que le ha

creado para Sí, es para llenarle de Sí, de su amor, de su gozo, aun en esta vida.

Dios, en el Cielo, llenará y saciará en felicidad al hombre fiel, que le amó en la tierra y en la proporción de ese amor, se le comunicará de inefable modo, saturándole de Sí. Esta es la única y verdadera felicidad del ser racional y esta comunicación es incoativamente, o en principio, el Cielo. Siendo Dios el infinito gozo, llenará y saciará todas las aspiraciones y todas las ansias. ¡Dichosos los que lleguen a saciar su sed de amor en esta fuente del amor!

Pero aun en la tierra quiere Dios darse y llenar al hombre, y, de hecho, llena de increíble amor a cuantos se disponen; pero a todos quisiera aquí en la tierra llenar y que todos se dispusieran.

Dios no puede darse sino como es. Se acomoda a quien se comunica, pero siempre se comunica como es: Dios, infinito, amor. Le recibe la criatura limitada y pobre, pero recibe a Dios, primero, en el destierro, por la gracia divina; luego, en la Patria, en la realidad inefable de eterno gozo. Para poder recibirla le ha dotado de potencias de casi infinita capacidad, y que sólo con infinito pueden llenarse<sup>35</sup>, y antes de que le

---

<sup>35</sup> San Juan de la Cruz: *Llama*, canto 3, núm. 77, edic. de Segovia.

reciba le ha preparado para que pueda recibirlle, pero con la aquiescencia, voluntad y cooperación del mismo hombre.

Para que el hombre pueda recibir a Dios en el Cielo con plenitud de conocimiento y de gozo es preparado por el mismo Dios con *la luz de la gloria*; esta luz agranda y fortalece la capacidad y la potencia del alma en su entender y en su amar, para que pueda recibir tanta luz, tan hondo conocimiento, tan intenso amor y sobrenatural felicidad.

Para que en la tierra pueda recibirlle con amor especial, la prepara con una gracia y un amor también especiales y por las purificaciones y medios que El solo sabe. Cuando el alma está ya preparada, Dios la llena. El mismo Dios por sí mismo la llena.

### *La vida interior de las almas.*

Fuera dado al alma vivir por un momento perfectamente la vida interior y cerraría los ojos a todas las demás cosas para mejor vivir, sin estorbo alguno, esta

vida. Es lo que hicieron los anacoretas de los desiertos.

El alma procura la vida interior por la oración y el recogimiento. Porque siendo la vida interior *vivir Dios en el alma y el alma mirar a Dios ofreciéndosele*, es de grande dificultad vivirla por la flaqueza humana. El cuerpo, los sentidos, la disipación, la imaginación, el mundo todo dificulta e impide al alma vivir esta vida. Y es, sin embargo, la vida que procuran con el mayor esfuerzo tantas religiosas y religiosos como han dejado el mundo y los bienes y se han retirado y apartado en soledad y en pobreza y en oración; es la vida que deben vivir los sacerdotes, si han de ser santos y dignos ministros del Señor, celosos apóstoles y directores y enfervorizadores de las almas; y tantas almas que, viviendo en medio del mundo, buscan santidad y miran a sólo Dios consagrando su cuerpo a Dios y su tiempo a la oración u obras buenas, aspiran a vivir esta vida; son tantas solteras santas, víctimas calladas, por incomprendión, de sus propias familias y del mundo y elegidas por Dios en su misma casa.

La vida interior es el mismo deseo, firme y determinado de llegar a la perfección, de conseguir el amor de Dios; como no puede obtenerse sin el silencio interior y sin el desapego de las criaturas y

apetitos, trabaja esta alma con solicitud en traer y mirar a Dios dentro de sí misma, por la presencia de Dios ya dicha, por el actual ofrecimiento de todas sus obras, por la oración y recogimiento, por la exactitud y fidelidad en todas su acciones.

La vida interior es la aspiración continuada del corazón en deseos, en sacrificios, en humildad. El alma, conociendo la grandeza de esta vida y la extremada flaqueza propia, clama al Señor pidiéndole tanta grandeza, huye de los peligros y tropiezos y la busca donde puede encontrarla; en todas las cosas y en todas las partes puede obtenerla, pero ha de vivirla en sí misma, en su interior.

Como la vida natural es íntima y continua, es también íntima y continua esta vida interior; no admite interrupción ni puede vivirse en los demás. Es Dios en el alma; lo más grande y admirable en lo más delicado y en lo más íntimo; pero que llena todas las acciones humanas, y vivida con perfección en unión de amor, las hace, por el amor, divinas.

No hay luz comparable a esta luz, y el alma busca esconderse en esta luz; en esta luz no se admiten ni manchas ni oscuridades, todo debe ser pureza y blancura; para esconderse en ella, el alma procura obras de blancura y de pureza, obras de silencio y de

amor. Y permanece así escondida en la luz que brota de la mirada de Dios y se refleja en el alma llenándola de hermosura y divina sabiduría.

Nada más sorprendente para el cristiano que la casita santa de Nazareth. Allí se obraron los más grandes actos de amor que en el mundo se han realizado, y se realizó la más perfecta preparación para el apostolado más levantado y más santo y fructífero; allí se ejercitaron las virtudes más excelsas; allí estuvo recogida y silenciosa treinta años la Sabiduría de Dios encarnada, que venía a enseñar al mundo y a redimirle; allí Jesucristo, Nuestro Redentor y Modelo, y la Virgen y San José, estuvieron escondidos, en silencio y amor; escondidos en esta luz de Dios y dando la más alta lección de vida interior y de apostolado al mundo. Escondidos en Dios e iluminados por Dios.

Las almas más santas de la tierra buscan vivir esta vida perfecta de la casita de Nazareth, y, como aquella Sagrada Familia, se retiran al silencio del claustro para vivir la pobreza, oración y sacrificio, donde se encuentra la mirada de Dios con ojos dulces, y de regalado amor. Son las monjitas pobres, humildes; son las vírgenes del Señor, víctimas de amor a Dios voluntariamente inmoladas. Es la Carmelita escon-

dida en Dios, viviendo la vida perfecta del interior, con la intimidad y gozo de la casita de Nazareth, con los levantados amores que allí se vivieron.

Estar escondido en esta luz de Dios pedía el Santo Profeta David, y con él piden las almas santas repitiendo sus palabras: *Mi corazón se te entregó; mis ojos te buscaron, siempre iré en pos de la luz de tu rostro*<sup>36</sup>, y admirando y cantando la larguezza y amor de Dios y el llenar de su luz a las almas así entregadas a su amor, decía al Señor: *los esconderás en lo escondido de tu rostro*<sup>37</sup>; los guardarás en lo céntrico de tu vida, llenándolos de la luz de tu felicidad y de lo dulce y regalado de tu amor.

Dios siempre sale al encuentro de las almas interiores que con ansia le buscan y las llena de Sí mismo.

---

<sup>36</sup> David, salmo 26, 8.

<sup>37</sup> Salmo 30, 21.

*La Santísima Trinidad viene al alma  
por la inhabitación.*

La santidad es obra de la Trinidad beatísima. La vida interior enseña a comprender la grandeza de la santidad y a vivir la santidad y es la misma santidad vivida en el alma. Por la vida interior mira el alma a Dios en sí misma y en todas sus obras; a Dios se las dirige amorosamente todas y en todas procura hacer con amor la divina voluntad. La Santísima Trinidad está obrando en esta alma, secretamente, grabando el rostro de Dios en ella y preparándola para venir a morar y establecer su morada en ella.

Esta Santísima Trinidad está obrando efectos maravillosos e inexplicables en el alma donde mora como en casa propia *por la inhabitación*. Dios obra en este alma, que totalmente ya se le ha entregado, como Dios: con infinito amor y con suma delicadeza, hermoseándola con incomparables primores. La misericordia dulcísima del Padre con su mano poderosa pone allí alientos y confianza; la Sabiduría del Hijo pone luz purísima y encendida de verdad y esperanza, y el amor del Espíritu Santo pone incendios abrasados

de amor y deseos eficaces de entrega y de posesión. Es esta obra admirable la obra de *la inhabitación de Dios en el alma*. Son las tres divinas personas, quienes por esta obra admirable tan excelsamente llenan el alma de alegría, de esperanza, de deseos.

El alma, esforzada con la divina presencia de Dios, que en sí siente, e iluminada con la nueva luz recibida, escondida esta misma luz de Dios, adquiere mayores conocimientos de Dios y de la santidad, y pide a Dios con instancia llene de El mismo sus potencias y sus más recónditos y secretos senos.

Dios da soberana realidad a esta petición y deseo que el amor de unión ha enseñado a pedir al alma, porque Dios vive en el alma de la manera más delicada y más íntima, con la unión más estrecha y más amorosa.

El Verbo Eterno nos lo mandó el Eterno Padre en la Encarnación para redimirnos y enseñarnos, para que tuviésemos vida sobrenatural por él y estuviera, por lo tanto, en nuestras almas. *En esto se manifestó-dice San Juan Evangelista- el amor de Dios en nosotros: en que nos mandó Dios su Hijo unigénito para que vivamos por El* <sup>38</sup>. Si vivimos por El, ha de estar en nosotros y ser nuestra vida.

---

<sup>38</sup> I Joan. 4, 9.

En nuestra alma tiene su morada y es suya la vida de gracia que nuestra alma vive.

El Espíritu Santo se dió en el día de Pentecostés a los Apóstoles y les llenó; hizo en ellos la obra maravillosa de la confirmación en la gracia y les ilustró al mismo tiempo el entendimiento y encendió el corazón con sus divinos dones de tal manera que, aunque antes ya tenían la gracia y estaba Dios en ellos, parecieron otros por la transformación que en ellos se obró. *Dios les llenó de Sí*, y fueron en adelante como antorchas encendidas de luz y de amor, cuyos rayos llegaron hasta los últimos confines del mundo poniendo luz y fuego de Dios.

No fueron solamente los dones del Espíritu Santo los que se comunicaron a los Apóstoles, fue el mismo Espíritu Santo, la Tercera Persona Divina, el Don del Padre y del Hijo. Y con el Espíritu Santo se comunicó la Sabiduría de Dios, el Verbo Eterno, autor de toda santidad y de todo don, y se comunicó el Eterno Padre con su omnipotencia y su misericordia. Las tres Divinas Personas moraron en el alma de los Apóstoles.

Y las tres Divinas Personas vienen a establecer su morada en el alma del justo por la *inhabitación*, no de una manera muerta y fría, sino viva y comunicando

vida, vida sobrenatural en gracia y en virtudes, cada Persona con su propio y suave resplandor. Al venir de esta manera al alma, la llenan.

Vivían ya en el alma por la gracia. Y el alma pedía la perfección y consumación de lo que, en principio, tenía; ni lo supiera pedir si la gracia y el amor que tenía no se lo enseñara. La gracia ponía en su corazón este ensueño y deseo de tanta grandeza.

Pidió; pidió porque la gracia se lo enseñaba; pidió porque el Espíritu Santo, por la gracia divina y su amor, enseñó a pedir esta divina realidad, y vinieron el Padre misericordioso y omnipotente, el Hijo sapientísimo y fortísimo, y el Espíritu Santo, amoroso y dulcísimo. Vinieron porque el alma, cuando se lo pidió, estaba ya preparada y limpia; vinieron porque con su gracia, cooperando el alma con las virtudes, prepararon ellos mismos su morada. Y vinieron a morar en el alma.

Con su venida, llenaron maravillosamente todos los senos y capacidades del alma, como se lo había pedido. Toda el alma resplandeció de luz de gracia y de amor. La suavísima luz del Cordero la inundó y hermoseó toda, haciéndola bella y pura como los ángeles.

Estaba ya Dios en el alma, porque estaba su gracia

en ella y estaba su amor. Si ya estaba, ¿cómo viene ahora, o cómo son enviadas, las Segunda y Tercera Persona y con ellas viene el Padre?

El mandar o enviar en Dios está tomado a semejanza del hombre; el término teológico de este acto en Dios se llama *misión*. Pero ni el que manda o envía es más ni el enviado es menos. El Padre mandó al Hijo al mundo para redimirnos, porque nos amó. Pero no por eso el Padre es más ni mayor ni el Hijo adquirió ninguna perfección nueva.

Es el acto de mandar la procedencia de un principio hacia un término donde antes no se estaba o donde se empieza a estar de una manera nueva.

Tres términos o personas entran en este acto: el que envía, el enviado y a quien se envía. Sólo el Hijo y el Espíritu Santo pueden ser enviados; como el Padre ni puede ser engendrado ni proceder, tampoco puede ser enviado; ni pueden ser el Hijo y el Espíritu Santo enviados sino en el tiempo, no en la eternidad.

La misión o venida de una divina Persona a un alma puede ser visible o invisible, pero siempre supone la gracia, y la venida y misión visible supone la invisible y suele ésta precederla.

Dulce gozo el de la Virgen pura teniendo en sus brazos, en el silencio de la noche, en la soledad y po-

breza de Belén, al Divino Niño, sintiendo efusiones divinas en su alma. Tenía en sus brazos a su Hijo y a su Dios visible y le estrechaba con amor delicado e íntimo; pero tenía a su Dios invisible y real en su alma, poniendo allí levantados amores y riquezas de Dios, y antes de sentirle por la Encarnación en su cuerpo, le tenía habitando en su alma, concebido y grabado por la gracia y el amor. Allí estaban el Espíritu Santo y el Hijo y con ellos el Padre-, enviados en su misión invisible y poniendo la más encumbrada santidad.

Nunca es una persona divina enviada sin la otra en la misión invisible; con el Hijo o con el Espíritu Santo viene también el Padre, y los tres moran en el alma poniendo su vida divina.

Como por la gracia santificante ya está el Espíritu Santo en el alma por amor, como están juntamente con El el Padre y el Hijo, no consiste la venida del Espíritu Santo en empezar a estar en el alma, sino consiste en *un modo especial de estar de una manera nueva y con efectos especiales en el alma*<sup>39</sup>. Trae gracia más intensa y amor más encendido. Pone

---

<sup>39</sup> Salmanticenses: De Ssma. Trin. Mysterio. Disp. 19. Dup. 3, páf. 3, núm. 46, y también Dup. 14.

santidad y virtudes más firmes como antes no se tenían, y levanta las operaciones del alma a vida de más unión con su Dios y de inmenso mayor mérito.

Morada de la Trinidad Beatísima era el alma de la Santísima Virgen, morada limpia, bien acondicionada y hermoseada; pero con la venida del Espíritu Santo y del Verbo por la Encarnación y en Pentecostés, recibió gracias de un orden nuevo y con efectos sobremanera más levantados que los anteriores. Como fueron sorprendentes y extraordinarios los efectos en los Apóstoles con la venida del Espíritu Santo, aunque ya de antes moraba en ellos por la gracia.

## 19

### *Efectos de la Santísima Trinidad por su inhabitación.*

Cuando la Trinidad Beatísima establece la morada suya en el alma por la *inhabitación*, ya de antes allí moraba; pero, creciendo el amor con las virtudes, cuando Dios levanta el alma a la *unión de amor*, porque el alma ha hecho la entrega efectiva de sí

misma a Dios y ofrecíosele *de hecho sin dejar cosa*, empieza Dios a estar de un modo nuevo y maravilloso, tanto por las gracias que en el alma pone, como por los caminos nuevos por donde la conduce, por los regalados carismas de amor que la comunica.

Dios está íntimamente viviendo en el alma y con ella compenetrado, poniendo allí con mano delicada vida altísima de amor. Como no pueden estar las criaturas sin Dios mientras tienen existencia, sino que Dios está secretamente en la misma esencia de todos los seres y los llena a todos, está también íntimamente saturando estas almas de su gracia y de su amor, comunicándolas su vida, la cual, como queda dicho, es entender y amar infinitos, de modo tan secreto, que ni las mismas almas lo perciben. Sólo cuando el Señor quiere hacer sentir sus inexplicables efectos por modos extraordinarios a las almas, comprenden ellas los abundantes y dulcísimos torrentes de gracias y dulzuras con que el Señor las ha llenado.

Dios está en el alma íntimamente viviendo en unión sustancial de amor<sup>40</sup>. Cuando el entendimiento humano entiende alguna verdad, o cuando la humana voluntad ama, lo que el entendimiento del hombre

---

<sup>40</sup> San Juan de la Cruz: *Noche oscura*, lib. II, cap. 23, núm. 11.

entiende, lo hace suyo, pasa a ser algo integral del hombre, hecho sustancia de su entendimiento, y está más unido al espíritu que su mismo cuerpo lo está al alma. Lo mismo lo amado pasa a ser sustancia del alma y una cosa con ella. Mis ideas son mías, y mis amores, vida y sustancia de mi alma.

Pues Dios, con su infinita sabiduría y grandeza, con lo insondable de su amor, de su belleza y de su omnipotencia, está íntima y secretísimamente en el alma del hombre hecho como una sola sustancia con el mismo alma, no rebajándola ni quitándola personalidad ni libertad, sino levantándola a participar de vida divina, por su gracia y por la grandeza arrebatadora de su amor. Es la expresión de la Teología aceptada y aprobada por Santo Tomás: *Está Dios unido con el alma justa como lo conocido en el que conoce y como lo amado en el que ama*<sup>41</sup>.

Estando en lo íntimo del alma esta Trinidad Beatísima,

*De mi alma en el más profundo centro*

---

<sup>41</sup> Salmanticenses: De *Ssma. Trin. Mysterio*, Disp. 19. Dub. 4, páf. 2, y Santo Tomás en los mismos Salmanticenses, que es I, q. 43, a. 3, m.

está comunicando secretos infinitos y delicadísimos de su sabiduría y de su amor, estableciendo con el alma una unión perfectísima.

Cuando esta unión ha llegado a lo más encumbrado, el alma pide a Dios se digne romper la unión que ella tiene con el cuerpo para ya claramente ver y gozar y comprender esta unión de amor con su Dios en todos sus secretos, lo cual sólo en el Cielo puede realizarse, cuando el alma se sienta bañada por la luz beatífica que brota del Cordero, luz que pondrá directamente en el alma entender y amar divinos, y comunicará la vida infinita y dichosa del mismo Dios, llenándola de felicidad bien cumplida. ¡Tan íntimamente está Dios en el alma! No tan sólo su gracia, sino el mismo Dios.

En esta unión el Espíritu Santo se da al alma y con el Espíritu Santo, el Padre y el Hijo, y los tres producen en ella los efectos que podemos, algo vagamente, vislumbrar, recordando lo que es el Espíritu Santo.

Es el Amor infinito. El Padre y el Hijo se aman con infinito amor en infinito gozo. La creación no es nada para expresar este amor ni poder manifestar la bondad infinita de Dios; ni todos los amores de las criaturas, ni de todos los hombres, ni de todos los ángeles juntos, pueden expresar una mínima parte de este

amor infinito de Dios y, como infinito, sin comparación con alguno otro.

El Amor de Dios es el Espíritu Santo. Como la Segunda Persona es la Sabiduría infinita de Dios, la Palabra propia y exacta del divino entendimiento, el Espíritu Santo es el amor Infinito, el gozo del Padre y del Hijo, único Amor que expresa el poder infinito de Dios.

La creación toda es limitada y casi nada; Dios está siempre en infinita actividad de entender y en infinita actividad de amar con el consecuente gozo infinito.

Este Amor infinito de Dios se nos da; se da al alma justa para que el alma pueda amar mucho más de lo que puede con su capacidad natural. Ama con el amor del Espíritu Santo que mora en ella y de verdad se la ha dado.

Cuando la presencia de Dios se ha dejado sentir en *mano blanda* íntimamente y segura, de modo sobrenatural en el alma de los Santos, ha producido en ellos algo que no se puede decir, que es intraducible al lenguaje de la tierra, que, habiendo quemado y purificado todo lo oscuro y manchado, abrasa en amor fuerte, y le satura de gozo y de ansias. Se sienten llenos de tal modo, que no caben en sí. Es el gozo del Espíritu Santo en ellos.

El Espíritu Santo los llena y los enseña a amar a las Tres divinas Personas que en el alma moran por la inhabitación. No mira el alma aquí esas pequeñeces en que otros reparan, si se da más culto o se ama más al Hijo o al Padre, porque ve y aprende que se ama a los tres en cualquiera de ellos, y quien los separa, ni los comprende, ni los ama. Es el amor de Dios, a la Trinidad Beatísima, lo que siente y vive el alma en sí. Porque la Trinidad Beatísima habita en esta alma, y porque el Espíritu Santo, el amor infinito, la llena de un amor que sólo quien lo siente puede saberlo, sin poder expresarlo, porque sabe no a creatura, sino a Dios, a vida eterna; a Dios, todo calor, gozo y amor.

Es el amor infinito de Dios presionando en luz y en amor las potencias del alma y llenándolas, con esta presión, de luz y conocimiento de Cielo y con gozo de gloria no comparable a ninguno de la tierra, que siempre hay distancia infinita de lo terreno a lo celestial.

Sólo en la soledad y apartamiento quiere estarse y encerrarse esta alma para mejor abrazarse a este amor divino, y empaparse en esta luz suavísima y atender a vivir este goce inefable, que es goce de Dios en el hombre y que un solo rayo de él quemaría, como dice San Juan de la Cruz, mil mundos.

No hay vida ni hay nada comparable a esta dichosa vida del alma santa, que es morada de Dios, cuando Dios llena esta morada y hace sentir maravillosamente su bienaventurada presencia.

"En la invisible misión de las divinas Personas-dice la Teología de "Los Salmanticenses"-, no sólo se dan al alma los dones de la gracia santificante, sino que, juntamente, se dan también las mismas Personas del Espíritu Santo y del Verbo; y así, estas divinas Personas, cuando vienen al alma justa en la misión invisible, empiezan a habitar en esta alma justa por su presencia íntima, verdadera, sustancial y real y con un modo nuevo y especial" <sup>42</sup>.

"Y así es Dios-dicen en otra parte-, quien de especial modo habita primeramente en el alma de los justos por la sustancial, real e íntima presencia suya, y secundariamente también en los miembros de los justos" <sup>43</sup>.

Dios llena al alma de Sí mismo y por Sí mismo.

Cuando por el Angel dijo a la Virgen dulce: *Llena eres de gracia*, añadió: *El Señor está contigo*; estás llena de amor, porque Dios habita en Ti y te llena, y

---

<sup>42</sup> Salmanticenses: Id. D. 19, número 77.

<sup>43</sup> Salmanticenses: Id. Disp. 19, número 5, páf. 1.

con Dios están todas sus perfecciones y se comunican al alma según el alma puede recibirlas. Antes de la Encarnación ya estaba Dios llenando el alma de la Virgen; pero con la concepción y misión visible del Verbo, se agrandó la capacidad de las potencias de la Virgen y empezó a estar de un modo nuevo.

Dios llenó el alma de la Virgen, pero la Virgen estaba ya toda ofrecida a Dios, toda y en todo; por propia voluntad era toda siempre y actualmente de Dios. Se había vaciado de sí misma y Dios la llenó.

¡Dios obra maravillas inexplicables en el alma cuando el alma se le ofrece!

Un alma ofrecida no se pertenece a sí misma, sino a Dios; no es ya más suya, sino de Dios; ni ha de buscarse a sí misma, sino a Dios; ni pedir o buscar sus intereses o gustos, sino los de Dios y su gloria divina en sí y en las demás almas; pero encuentra en todo a Dios.

Cuando el alma se despoja en la realidad y en todos sus actos de sí misma y es ya de Dios en pensar, en hablar de Dios, en amar, en vivir a Dios, Dios, que es la Vida eterna, y la Sabiduría y el Amor, se da al alma, viene a establecer su morada en el alma y llena al alma. Dios llena sólo el alma vacía y la da su propio vivir, que es vida eterna.

El vivir de Dios es entender y es amar; es crear y conservar; es goce de sabiduría infinita y de infinito amor. Dios llena al alma de sabiduría y de amor, aunque del goce de esta sabiduría y amor la llena sólo en esperanzas y en atisbos de realidad. Y la llena de la manera más íntima y admirable.

¡Bendito sea el Señor Dios Nuestro, que así llena las almas! ¡Quiera en su misericordia infinita prepararlas a todas y enseñarlas a vivir en ese vacío y soledad tan lleno de ecos del Cielo!

Como el alma puede decir con toda verdad mi pensamiento es mío y mi amor es mío, aunque ni mi pensamiento ni mi amor son mi propia alma, de igual manera puede decir y dicen las almas justas: el amor de mi Dios es mío y mi Dios es mío y para mí. Lo dicen y lo sienten. *Es la oración del alma enamorada* del bendito y enamorado San Juan de la Cruz; nada más delicado, ni más sentido, ni más grandioso y alto puede decirse<sup>44</sup>.

El amor de mi Dios se une a mi alma y se hace una misma cosa conmigo. El infinito, el soberano, el omnipotente entra a mi alma para llenarla y hacerla suya y hacerse El mío. Este sol de infinito esplendor

---

<sup>44</sup> San Juan de la Cruz: *Oración del alma enamorada*.

entra a compenetrarse con el alma mía, y, deshaciendo todas las tinieblas, las torna en fulgor con su luz y a esta luz ve el alma que Dios es suyo. ¡Oh, Dios mío, eres mi Dios; has tomado posesión de mí y te haces mío! ¿Adónde ha de mirar el alma sino al sol infinito que la esclarece e ilumina? ¿Adónde ha de encontrar hermosura comparable a esta hermosura, ni Sabiduría que no parezca ignorancia junto a esta Sabiduría?

Es el Padre, es el Hijo, es el Espíritu Santo, son las tres divinas Personas, quienes están poniendo sabiduría y amor, hermosura y vida, vida eterna y de no comparable amor. Las tres divinas Personas están en el alma viviendo y habitando, y poniendo sus efectos.

En verdad no ya la caridad de Dios se ha volcado sobre el corazón, sino el mismo Dios lo ha llenado y está presente en el corazón.

¡Mil veces bendita esta soledad del alma, donde encontró todo gozo y toda belleza! ¡Esta soledad donde Dios pone su Palabra viva en el alma con su presencia real y de amor, y pone ciencia de Dios en goce de Dios! ¡Todas las bellezas y todas las armonías del Paraíso alegran el alma y la bañan en gozo!

*Alegria del alma con la inhabitación  
de Dios.*

Viéndose el alma morada de Dios, todo en ella canta la gloria de Dios, y, enseñada por este Maestro Soberano que vive continuamente en su entendimiento y en su voluntad, ha aprendido a amar con un modo nuevo, que antes no conocía. Ama con el amor del mismo Dios.

Grande es la complacencia que Dios tiene en estas almas y mucha gloria le dan y muchas otras almas llevan a Dios. Siempre este Padre amoroso oye y da cumplimiento a la oración de tales almas, y terminan casi todas ellas dándose en absoluto al amor callado de Dios en el retiro y apartamiento de criaturas. Allí las enseña Dios por Sí mismo a orar, las comunica sus más íntimos secretos y las baña e ilumina con sus resplandores, dándolas en abundancia la ciencia del amor.

Si desde la *unión de amor* en oración y en santidad, Dios habita de este modo especial en el alma, no es siempre con la misma intensidad ni, por tanto, con los mismos efectos. Cada vez el alma crece más en el